

dre de Dios, no dice nada ni hace nada que la haga salir de la muchedumbre; permanece en ella, dejándose olvidar y abismar, ¿y por quién? ¡Por su Hijo! ¡Cuando este mismo Hijo llama á sí y colma de distinciones y favores á las estrañas y á las pecadoras, y se deshace en testimonios de ternura y de amor por turbas agolpadas en torno suyo, por el género humano, por el mundo, sin otra escepcion, al parecer, mas que su Madre! Escepcion desconsoladora, puesto que humilla y anonada á María en lo que constituye su gloria; pero escepcion gloriosa en el sentido cristiano, y doblemente gloriosa, porque la manera admirable como recibe María esta prueba, la consuma en esta humildad, que es el fundamento de su grandeza, y tambien, porque habiendo venido su Hijo para los pecadores, como no cesa de publicarlo, es no solamente un carácter de la universalidad de su mision el no hacer excepcion de su Madre, sino un testimonio incomparable de la santidad de esta Madre, el hacer *excepcion* de ella.

Por lo demás, no nos hemos visto reducidos á conjeturar en este sentido sobre la oscuridad evangélica de María. Esta oscuridad se hace transparente, al mismo tiempo que mas meritoria, por los testimonios formales de gloria que vienen á interceptarla; la salutación del Angel y la consumacion del gran misterio al *Fiat* de la Virgen; la exclamacion inspirada de Isabel y la santificacion del Precursor en su *Visitacion*; la exaltacion profética de la misma María á vista de sus grandezas celebradas de edad en edad; la adoracion por los pastores y los magos del niño Dios en sus brazos; la profecía de Simeon que la asocia á todos los destinos del Redentor; la igualdad de destierro en Egipto y de vida oculta en Nazareth á su regreso; la sumision á su venturosa maternidad de la Divina Sabiduría que deslumbró á los Doctores en el templo; la posesion exclusiva durante treinta años, de ese tesoro de gracia y de gloria que debia rescatar y enriquecer el universo; la manifestacion del Hijo de Dios por la inauguracion anticipada de sus milagros al imperio de su voz; la participacion de la vida apostólica del Salvador, la participacion heroica de su cruz y el don filial del género humano á su dolorosa maternidad que la concibe; su ausencia de las escenas de la Resurreccion, su pre-

sencia en el cenáculo despues de la Ascension, igualmente gloriosas por la fé que la sostuvo en el Calvario, y que coopera con la bajada del Espíritu Santo á la fundacion de la Iglesia, así como cooperó con el mismo Espíritu á la concepcion de Jesus; y finalmente, como *resultado* obligado, en cierto modo, de todas estas glorias, la gloria final de la Asuncion. Testimonios incomparables que hacen la oscuridad de María, si puedo espresarme así, luminosa, y que no tientan su humildad sino para mostrarla en todas las pruebas, en las de la gloria así como en las de la humillacion. Toda la vida evangélica de María nos aparece así en este claro oscuro que le está tan bien, y en medio del cual no se separa un instante de esta calma armoniosa de la fé, de la fidelidad, de la resignacion, de la constancia y del amor, que forma el carácter suave y superior de su virginal fisonomía.

Así es como ha venido la personalidad evangélica de María á llenar el inmenso cuadro del ministerio que le reconocimos en el plan divino, y como ha sostenido dignamente su peso el sugeto de nuestra tesis.

Pero nuestra doctrina espera aun una prueba final, una prueba postrera y decisiva, y nos pide un esfuerzo supremo. Para apreciar bien esta prueba, así como la fuerza de su resultado, seria preciso poder abstraernos con el pensamiento de toda la historia del mundo despues del Evangelio; seria preciso poder correr un velo sobre los diez y ocho siglos que forman su perspectiva, é imaginarse que no sabemos nada aun de la parte efectiva é histórica de María en la nueva vida de la humanidad. Supongamos, pues, que escribimos nosotros, y que se lee nuestro escrito á la salida del cenáculo, en los primeros dias de la predicacion apostólica, y que al mostrarnos á la Madre de Jesus, os espongo, como he hecho, las dos primeras partes de mi tesis; el plan divino y la personalidad evangélica de María. Esto es muy bello, me direis: el gran ministerio de esa mujer se enlaza admirablemente con toda la economía doctrinal de la religion y la comunica una divina armonía; por otra parte, esa figura evangélica de María se nos aparece como preordenada para ese ministerio y hecha justamente para cumplirlo. Pero queda por saber si lo realizará; si el hecho justi-

ficará la teoría; es decir, en definitiva, si tendrá María en el acontecimiento la parte que ha tenido en el designio, si vivirá, si funcionará en la Iglesia y en el mundo por una influencia decisiva de gracia y de bendición, por una acción vivificante de santidad y de virtud, por efectos de intercesión y de poder que obliguen á los mas impíos á reconocer en ella á la Madre de Dios, á la cooperadora de Jesucristo, y que patenticen grandemente vuestra doctrina.

A esta exigencia legítima, pero final, no haré mas que una reserva, la de todas las maravillas de salvación y de gloria imputables á María que deben necesariamente ocultarnos el secreto de las almas que son su objeto y el cielo que es su término; después descorreré el velo, que en la época en que me coloco, ocultaría aun toda la historia exterior de la Iglesia y del Cristianismo, tal como se ha desarrollado hace mil ochocientos años.

Y ahora os pregunto, á vos que estais colocado al fin de estos diez y ocho siglos, último ser procedente de esta raza cristiana, que de generación en generación no ha cesado en todo el universo, por medio de tantos homenajes, de tantos votos, de tantos templos, festividades, escritos, piadosas prácticas, decisiones soberanas y consagraciones, de honrar y de invocar el nombre de María, y que no ha cesado también por tantas gracias, bendiciones, socorros, milagros, victorias, y sobre todo, por tantas obras y virtudes, de experimentar el alto poder y la misericordiosa intercesión de esta Madre de Dios y de los hombres, ¿cuál sería la impresión de quien al origen del Cristianismo hubiera tenido la visión de este reinado universal de María, y si la *Virgen María viviendo en la Iglesia* hubiera sido una tesis que hubiera habido que demostrarle?

En cuanto á nosotros, hemos estado tentados á no emprenderla, tanto por la inutilidad de esta demostración, cuanto por su dificultad, puesto que proviene esta dificultad de su escésiva riqueza. Y acabando así nuestro trabajo la historia entera de la Iglesia y el testimonio del universo cristiano, no tendríamos mas que remitirlos á ellos.

Sin embargo, deseando cumplir nuestra promesa, y corresponder á los reiterados llamamientos que se nos han hecho,

y considerando la bendición que tal vez reserve Dios á nuestros esfuerzos, vamos á ensayarnos en esta gran tarea.

Cuatro exposiciones diferentes de la vida de María en la Iglesia, nos parece que deben facilitar su vista y su inteligencia, y distribuir nuestro designio.

Exposición *teórica* del culto de honor, de imitación y de invocación de que es objeto en la Iglesia la Santísima Virgen.

Exposición *litúrgica* de este culto, oraciones, oficios, festividades y devociones que componen su ejercicio.

Exposición *histórica* de sus orígenes, desarrollo, triunfos, instituciones y obras en el mundo.

Exposición *práctica y social* de su influencia y de sus efectos.

En una palabra, organismo, función, curso y efectos de la vida de María en la Iglesia; tal es, pues, el plan de esta tercera parte.

La *teoría* del culto de la Santa Virgen, de que vamos á tratar primeramente, es una de las materias mas delicadas y mas importantes: importante, se comprende, puesto que cuanto vale la teoría, valen las aplicaciones; delicada, porque se complican las relaciones de este culto de la Virgen con el de Dios y de los Santos, que es el campo de muchas equivocaciones, prevenciones é ignorancias, y uno de los flancos mas atacados, si bien de los mas bellos y mas auxiliares del Cristianismo. Seria de desear sobre este asunto un tratado especial apropiado á las disposiciones actuales de los entendimientos; consagrémosle, pues, al menos un lugar capital, y dediquémosle nuestra primera atención.

Y á mí que creo, á mí que siento lo que voy á esponer, obtenedme, Madre del Verbo y Reina de los Doctores, que lo comuniqué á la inteligencia y al alma de los que deben leerme, y que no lo escriba en vano.

*Ne scribam vanum, duc, pia Virgo, manum.*